

SERMON SEXAGÉSIMO PRIMERO.

De la prueba.

Conoceis ya, bajo todas sus fases, el plan de la creacion, y el hombre en particular, el hombre primitivo se os ha aparecido, tal como le dotó Dios, perteneciendo por su cuerpo al mundo inferior de la materia, por su alma á la naturaleza y al destino de los espíritus, por la gracia á la region mas allá de la cual no hay ya ninguna otra, es decir, á la misma region divina. En todos estos órdenes fué creado perfecto Adan, el padre del género humano. Su cuerpo impasible é inmortal no conocia ninguna de las miserias que abruman el nuestro, y que concluyen por conducirle al lamentable reposo del sepulcro; su inteligencia, espejo resplandeciente de la creacion, habia recibido la clave de todas las leyes que rigen el universo sensible y el universo moral; y la gracia, derramando en su alma el tesoro de la verdad y de la caridad divinas, habia acabado esta criatura bendita, que era al mismo tiempo el primero de los sabios, el primero de los profetas, el primero de los santos. Y Dios, como si hubiera temido que no estuviera la tierra suficientemente preparada para tan gran huésped, le habia colocado en un lugar de predileccion á que la Escritura da el nombre de Paraíso del deleite, nombre que asombra á nuestros oidos porque nosotros no podemos hablar la lengua sin mancha de los tiempos que no estaban corrompidos. « Allí, dice Milton, se paseaban nuestros primeros padres Adan y Eva, Adan el mas bello de los hombres que fueron hijos suyos, Eva la mas bella de las mujeres que fueron sus hijas; paseábanse cogidos de la mano y el silencio estaba admirado. »

Y no obstante, señores, en esta perfeccion y en esta felicidad, es donde va á abrirse el drama sangriento de nuestros destinos; drama que aun no se ha terminado, del cual formais parte, y que, enteramente jóven aún, despues de sesenta siglos, se compone en la posteridad de Adan de las mismas escenas por donde comenzó. Vais á verle principiár; y por débil que sea la impresion que os haya quedado de esta lucha en una juventud muy poco iluminada

con la luz divina, instruidos no obstante por el curso mismo de las cosas en que tomais parte y de que dependeis, tal vez os será posible entender el misterio cuyo espectáculo y cuya historia voy á presentaros, el espectáculo y la historia de la primer prueba á que fué sometido el hombre. ¿Pero para qué la prueba? ¿Por qué el hombre destinado por Dios á la perfeccion y á la beatitud debia sufrir una prueba? Debemos explicar esto ántes que todo, y por eso propongo estas dos cuestiones: ¿Qué es la prueba? ¿Cuál es la prueba á la que se sujetó á Adan, padre comun de la humanidad?

La prueba tiene por objeto hacer conocer con certidumbre el valor de un ser. Todo ser es un poder que permanece oscuro é inapreciable mientras no se ha manifestado por sus actos, y la prueba es lo que le da motivo para manifestarse. Esto es cierto aun respecto de los seres materiales que no tienen libertad alguna de accion. Se les prueba por medios químicos, para arrancar á su sustancia inerte y silenciosa el secreto de sus propiedades. ¿Cuánto mas necesaria no ha de ser la prueba para separar el fondo de una inteligencia libre, para saber lo que piensa, lo que quiere, lo que puede? Así, dice la Escritura: *Qui non est tentatus, quid scit?* — *El hombre que no ha sido probado, ¿qué es lo que sabe?* (1) No sabe nada, porque no sabe lo que es él mismo.

Hallándose el duque de Crillon sitiado en una plaza cuya defensa tenia á su cargo, un jóven de su familia, con quien se mostraba bondadoso, entró una mañana en su cuarto gritando: « Monseñor, todo se ha perdido, el enemigo está en la plaza. » Crillon se levanta de prisa, toma su espada, y baja precipitadamente la escalera, cuando oye á su espalda una carejada. Vuélvese entonces, y dice al jóven: « Jóven, os habeis arriesgado mucho, porque si yo hubiera aparecido débil ó cobarde, á estas horas ya no existiríais. » Así Crillon, aquel capitan á quien se habia dicho: « ¡Hemos combatido, y tú no estabas allí! » Crillon, puesto á prueba su valor, temblaba al pensamiento de que hubiera podido faltarle el ánimo, y advertia á un niño que se divirtió con su gran valor, que se habia expuesto mucho. En efecto, señores, todo hombre que prueba á otro se expone mucho, y mas de lo que piensa. Este es el escollo donde perecen tantas glorias, y donde encallan tantas amistades, como es tambien el faro de donde se esparce sobre la virtud la consagracion de una final y soberana claridad.

¿Qué es pues la prueba? La prueba es la ocasion que se ofrece á un ser libre para sacrificarse al deber, ó para sacrificar el deber á

(1) Eclesiástico, cap. 34, vers. 9.

sí mismo. Por donde veis que entran en la nocion que la constituye muchos elementos, el primero de todos los cuales es la libertad moral. En efecto, sin la libertad moral, el sér no se posee á sí mismo, y es instrumento pasivo de otro que él, y falto así de todo valor personal, llega á ser inútil probarle. No es nada, porque no pueda nada. Por esto hemos dicho que Adán era libre, era libre para tener un valor ante su conciencia y ante Dios; y vosotros, herederos suyos, sois libres asimismo para tener tambien vuestro valor. Sois libres para sacar de vosotros mismos una sucesion de actos que sean vuestra dote eterna; que formen el patrimonio inalienable de vuestra inmortalidad; que subsistan para siempre en vuestra memoria y en la memoria universal de las inteligencias de que es Dios gefe, como siendo vuestra parte en la obra que ha comenzado Dios solo y que vosotros acabais con él. Si Dios os hubiese dado el cuerpo sin el alma, y el alma sin la libertad, seriais estrellas sin duda y las mas bellas del firmamento; pero no seriais mas que la obra, sin ser el artífice, y al miraros Dios, no veria en vosotros mas que su poder y su propio precio. Entonces no hubierais tenido que sufrir prueba, ni tampoco vuestro primer padre: porque ¿para qué probar lo que no puede descender ni crecer, y cuya respuesta es infalible como el sonido que da el bronce bajo el hierro que le toca?

La segunda idea contenida en la definicion de la prueba es la del deber. Porque si no existe deber para las inteligencias libres, todos sus actos son indiferentes; ni los unos son justos, honrosos, grandes, heróicos, ni los otros vergonzosos y abyectos. Todos son igualmente indignos de censura y de aprecio, y por consiguiente incapaces de prueba: el deber es el principio del mérito y del demérito, y lo que da lugar á sondear á las almas para hacer brotar de ellas el sacrificio y la virtud. Porque la idea del deber envuelve la idea del sacrificio, como la idea del sacrificio es la misma de la virtud. Sé muy bien que se ha pretendido confundir el deber con el interés, y que hay toda una sabiduría moral que descansa en esta asimilacion. Pero en la doctrina del cristianismo, están separadas por un abismo una y otra. Porque aunque haya en cumplir su deber un interés lejano y final, es un interés invisible, sujeto á discusion, en el cual se puede no creer, y en el que no cree la pasion. Lo que es claro para ella, es el objeto presente que la solicita; todo lo demás se desvanece para no dejar en lucha en el alma fascinada, mas que el goce y el sacrificio; y si es vencida la pasion, no lo es sino por un acto de fe doloroso en la idea del deber: este es mi deber: tal es la palabra

suprema de la conciencia. Jamás ha dicho la conciencia: este es mi interés. Si lo dijese seria perdida, porque se desarmaria sustituyendo una idea baja á una idea generosa, un cálculo susceptible de ilusion á una certidumbre dogmática absoluta. Todo lo grande que se ha hecho en el mundo, se ha hecho al grito del deber: todo lo miserable que se ha hecho, ha sido en nombre del interés. La historia del hombre, así como su corazon, no permitirán confundir jamás dos móviles que son mas que desemejantes, puesto que son enemigos; y en el dia mismo en que Dios corone á los buenos, solo brillará sobre su cabeza recompensada la sinceridad de su sacrificio.

¿Es necesario ser pobre? En vano me diréis que es interés mio, que no todo el mundo puede ser rico, que queriendo salir de mi posicion, doy á los que son mas pobres que yo el derecho de salir de la suya y de devorarme. Este racionio, aunque fuese incontestable, me parece, á mí que soy pobre, una irrision. ¿Por qué no he de maldecir yo mi suerte? ¿Por qué aunque no tenga remedio, no he de acusar á la sociedad, á la naturaleza y á Dios que las instituyó? ¿Por qué me he de vedar yo la envidia y el odio contra los favoritos de la casualidad? ¡Ay! ¿quereis conmovirme? tomadme por el lado generoso de mis entrañas. Decidme que la pobreza es un gran sacrificio; que yo soy un soldado en las fronteras de la sociedad; que debo morir en ellas, si es preciso; que está es mi vocacion, mi gloria; que la virtud y no la tierra son el bien del hombre; que Dios mismo, que vino al mundo, nació en la cabaña del pobre, que ha vivido con ellos, que ha participado de sus trabajos y de sus humildes alegrías. Decidme que el tiempo no tiene mas que una hora, y que el testimonio de una buena conciencia tiene la eternidad. Yo os entenderé tal vez por medio del solo esfuerzo del corazon, y si tengo fe, os oiré por todos los poros de mi alma. Yo bendeciré el sitio donde me ha puesto Dios, yo esperaré de él las grandezas, y suscitare en él alegrías. La esperanza tambien se cernerá por encima del sacrificio; pero por divina que sea y diferente de un interés visible y terrestre, no vendrá no obstante sino despues del amor, en el segundo lugar, hija de la virtud y no madre suya.

¿Deberé daros otras pruebas? Decidme, si conmovido de compasion y de amistad por vuestras secretas heridas, quisiere persuadirlos que fuéseis castos, ¿osaria deciros que este es vuestro interés? ¡Vuestro interés! No hay duda que sabeis bien que abandonándoos sin freno á la sed de los sentidos, atraeréis sobre vosotros enfermedades vergonzosas, seguidas de una muerte prematura. Pero así

como hay un arte de dirigir la adquisicion de una fortuna injusta, ¿no hay tambien un arte de dirigir lo necesario y el lujo de las pasiones? ¿No hay un arte de economizar sus sentidos satisfaciéndolos, de conservar en sus labios y en sus ojos la dignidad de un hombre puro, gustando al mismo tiempo las delicias del mal? El mundo no dice al jóven: « Revuélcate en el fango; » sino que le dice: « Ten la sabiduría del vicio. Sabe que el placer es una planta rara y delicada que se agota pronto; no cometas la falta de ajarla en un dia; contéplala como á una divinidad que ha puesto en tí la naturaleza; bebe con medida, haciendo una libacion á los Dioses, para detenerte en el punto en que la infamia sucede al goce, y en que la muerte castiga el exceso de la vida. » Hé aquí el lenguaje del mundo y cómo cubre con velos y flores, y con la venda nupcial, todas las corrupciones y todos los peligros del deleite. Pero en cuanto á mí, si algun alma jóven ha tocado de ternura mi corazon, y si quiero hacer caer de sus manos la copa engañosa del mal, le diré: « Amigo, hijo de tu madre y hermano de tu hermana, hijo de tu madre que te ha dado al mundo en la continencia sagrada del matrimonio, hermano de tu hermana cuya virtud guardas y respiras, ¡ah! no deshonres en tí mismo ese gran bien que te ha hecho hombre. Sé santo, amigo, conserva en una carne frágil el honor de tu alma, la fuente religiosa donde se desarrolla la vida y donde florece el amor. Prepara á tu lecho nupcial futuro amistades santas, abrazos que puedan bendecir el cielo y la tierra; sé casto para amar largo tiempo y para ser amado siempre. Hay en el mundo entre tu madre y tu hermana, entre tus abuelos y tu posteridad, una delicada y dulce criatura, que te ha destinado Dios, oculta á todas las miradas; ella alimenta en silencio la fidelidad que te prometerá; vive ya para tí á quien no conoce, te inmola sus inclinaciones, se priva de todo lo que pudiera desagradar un dia el menor de tus deseos; ¡ah! guárdale tu corazon, como ella te guarda el suyo: no le lles despojos en cambio de su juventud; y pues que ella se sacrifica para tí por un amor anticipado, haz á este mismo amor, en los repliegues de tus pasiones, un justo y sangriento sacrificio. »

Hé aquí, señores, hé aquí el lenguaje que puede imitar la virtud. ¿Y qué seria si os hablase de la virtud llevada hasta el heroismo? ¿Qué interés, por ejemplo, animaba á aquel mártir chino á quien pedía el verdugo algun dinero para derribar su cabeza de un golpe, y que respondia: « Derribala en los golpes que quieras; con tal que caiga, esto basta; en cuanto á mi dinero, mas quiero dejarlo á los

pobres. » ¿Qué interés animaba á Régulo, cuando conducido de Cartago á Roma bajo su palabra, aconsejaba al senado no firmar la paz despues de una derrota, seguro de que dando este consejo, se entregaba á un suplicio inexorable é infame? Pero me cansaria, señores, y os cansaria con estas preguntas. Perezca, pues, de una vez para todos esa idea del interés aplicada al cumplimiento del deber. Entre el deber y el interés existe la misma relacion que entre Régulo y sus verdugos, entre Roma y Cartago: Cartago era una tienda; Roma era el capitolio, señor del mundo.

Y ahora os es fácil comprender el objeto supremo de la prueba. Este objeto es conocer por un acto irrecusable la cantidad de sacrificio que se contiene en una alma. ¿Conoceis vosotros, señores, vuestra cantidad personal de sacrificio? ¿Sabeis hasta dónde iriais en la abnegacion de vosotros mismos en presencia de un deber? ¿Os habeis medido con la pobreza, el destierro, la tortura, la muerte, el deshonor? Y no obstante, si valeis algo es por esta cantidad que yace oscura y desconocida en el fondo de vuestra alma. Lo que determina el valor real de un hombre, no es el genio, ni el nacimiento, ni la fortuna, pues estos dones son dones de Dios de que se puede usar ó abusar, y que conducen por sí mismos indiferentemente al oprobio ó á la gloria. El genio obliga, el nacimiento y la fortuna tambien; ¿y á qué obligan sino es á mas heróicos sacrificios? Por esto, si tratais de conocer lo que vale un hombre, ponedle á prueba, y si no os da el sonido del sacrificio, cualquiera que sea la púrpura que le cubra, volved la cabeza y pasad: ese no es un hombre.

Pero ¿cómo poner á prueba? ¿Cómo, para servirme del lenguaje algebráico, despejar esa grande incógnita del sacrificio en el seno de un alma que se ignora á sí misma?

Yo no sé, señores, si los antiguos habian hecho un Dios de la ocasion; yo lo creo, porque casi no hay cosa alguna poderosa á la que no hubiesen concedido la vestidura de la divinidad. Ahora bien, la ocasion es una cosa poderosa: sin ella todo aborta, con ella todo sale bien. Si Augusto hubiera nacido en tiempo de Escipion, no hubiera sido mas que un hombre vulgar; pero habiendo nacido con la decadencia de la república, tuvo lo que necesitaba de vicios y virtudes para inaugurar el imperio romano. Y toda vida es lo mismo. No hay uno de nosotros que, mirando atrás en su destino, no descubra en él accidentes cuya reunion ha sido soberana: esta es la ocasion. Y lo mismo que los hay en el orden de la fortuna, los hay tambien en el orden del bien y del mal; así como un campo de batalla es lo

que forma á un gran capitán, así otro campo de batalla hace otro género de héroes. Un pastor apresado en la mar por piratas, llega á ser San Vicente de Paul; Luis XVI, hallando el cadalso, encuentra el alma de un mártir. Y así, la prueba moral no es otra cosa que una ocasion de sacrificio que se nos ofrece por la Providencia, para que aceptándola ó rehusándola manifestemos el grado de debilidad ó de virtud que hay en nosotros, ó mas bien para que nosotros comprendamos en la dificultad misma la razon de un rapto hácia Dios por la obediencia al deber.

No os admireis pues, señores, de que Adán, nuestro primer padre, fuese sometido á la prueba, y que se haya inaugurado la vida de la humanidad por una situacion que no ha cesado de ser la nuestra. Hoy como entonces la vida del hombre es una prueba, y los mismos sabios, considerando la extraña variedad de las cosas cuya ley sufrimos, no han podido menos de reconocer en ella el designio de una Providencia que ensaya nuestras fuerzas en la lucha, y se complace con nuestras virtudes: *Hé aquí*, decia Séneca, *un espectáculo digno de Dios, un hombre en lucha con la adversidad. Ecce par Deo spectaculum, vir cum adversis compositus*. Era lo mismo que decia San Pablo, en un lenguaje mas sublime: *Spectaculum facti sumus mundo et angelis et hominibus. Hemos sido dados en espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres* (1). Este espectáculo dura aún, y no concluirá sino con la vida presente del género humano. Siempre en su camino, el hombre encontrará circunstancias que no habrá escogido, y que le pondrán en la necesidad de pronunciarse por un acto entre el bien y el mal, entre el deber y la pasión. Y cuanto mas interés tome en elevarle la sabiduría divina, mas trazará en torno suyo la sublime circunvalacion de la prueba, tendiéndole lazos proporcionados á su fuerza, y ayudándole por el peligro á la alegría del sacrificio. Aunque no hubiera en esto voluntad alguna expresa de la Providencia, la cosa naciera de sí misma por el solo enlace de las actividades libres, y las vicisitudes inevitables que deben resultar de él; pero Dios lo ha querido formalmente, aun ántes que el curso natural de las generaciones hubiese traído á la escena del mundo las tragedias innumerables que nos prueban, á unos en el ruido del mundo, á otros en la oscuridad, pero á todos eficazmente. Ya os he dicho la razon, y ya solo tenemos que saber, qué género particular de prueba

(1) Epístola primera á los Corintios, cap. 4, vers. 9.

preparó Dios al primer hombre en las afortunadas soledades del antiguo Eden.

La incredulidad no ha omitido nada para atraer lo ridículo sobre esta página de la historia religiosa. Ella ha fingido creer, y tal vez ha creído sinceramente, que las relaciones primitivas del hombre con Dios, tales como las expone el cristianismo, tuvieron por objeto un mandato arbitrario dado por Dios sin motivos y violado por el hombre sin razon. Esto es confundir desde luego el deber con la prueba. El deber de Adán, la ley natural y divina cuya luz formaba su conciencia, era la ley misma que fué promulgada en el Sinaí y renovada en el Evangelio: *Amarás al Señor tu Dios de todo corazón. con toda tu alma y con todo tu entendimiento, y á tu prójimo como á tí mismo* (1). No hay otra ley entre Dios y las inteligencias libres, porque todas las obras se derivan de esta, y esta es el orden eterno, necesario, absoluto, que regla las relaciones de todos los seres morales entre sí y con su criador. Cualquiera que llega á la vida en una sustancia pensadora, cae bajo el golpe de estas dos palabras que iluminan la eternidad: *Tú amarás*. Adán las habia leído en su alma en cuanto despertó de la nada; las leyó en Dios á la claridad de la gracia; su deber era ser fiel amando á Dios que le habia amado primero. Hé aquí cuál era entre ellos la cuestion, y sobre qué se jugaban los destinos del género humano.

Pero el deber llama la prueba, segun demostré poco ha, y la llama sobre todo cuando el deber es el amor. Porque el amor supone el sacrificio, y el sacrificio no se produce sino con el auxilio de una ocasion que se le presenta. Era, pues, necesario que Adán encontrase en las alegrías del Eden algo que, sin destruir su felicidad, le permitiese elevarse hasta el sacrificio. ¿Y qué podia ser esto? Si lo miramos por la parte del cuerpo, el cuerpo era impasible é inmortal. Por la parte de la naturaleza, era el rey obedecido y respetado. Por la parte de la inteligencia, lo sabia todo; y respecto á los misterios de que no tenia la intuicion directa á causa de su profundidad natural, Dios le habia dado proféticamente la revelacion. Por la parte del alma era feliz, con toda la felicidad de una inocencia sin mancha, de un amor sin nubes, de una plenitud sin vacío, y de una esperanza infinita. Hallábase, en una palabra, por naturaleza y por gracia fuera de toda ocasion de sacrificio, y por consiguiente fuera de toda prueba; porque el libre albedrío no es la prueba por sí solo, no es

(1) S. Mateo, cap. 22, vers. 37 y 39.